

habia perdido, interponiendo un mundo entre ella y el. El dolor, maldecido por su padre, casi habia costado la vida de la que le dio el ser, y no le causaba mas que dolores, mezclados de débiles esperanzas. De manera que hasta entonces se habia lanzado hacia la dicha, perdiendo sus fuerzas, sin descansar. En la vida moral así como en la vida física, existe una respiración y una aspiración; si el alma tiene necesidad de absorber los sentimientos de otra alma, de sentimientos, para restituírselos después, entonces le falta el aire, sufre y perece.

ASI VA EL MUNDO.

Eugenia comenzaba a sufrir. Para ella la fortuna ni era un poder, ni un consuelo, no podia existir sino por el amor, por la religion, y por su esperanza.

A los treinta años, Eugenia no conocia aun ninguna de las felicidades de la vida. Su pálida y triste infancia se habia deslizado junto á una madre, cuyo corazon desconocido y angustiado habia sufrido siempre. Al terminar con placer la existencia, aquella madre, compadecia á su hija porque debia sobrevivirla, dejándola en el alma lijeros remordimientos y eterno pesar. El primero, el único amor de Eugenia era para ella un principio de melancolía. Luego de haber entrevisto á su amante por algunos dias, le habia entregado su corazon entre dos besos furtivamente aceptados y recibidos; despues

tan severamente los usos y costumbres en admi-
nistracion, que fueron cuidadosamente continuados
por M. y madama Comolles.

habia partido, interponiendo un mundo entre ella y él. Este amor, maldecido por su padre, casi habia costado la vida de la que le dió el ser, y no le causaba mas que dolores, mezclados de débiles esperanzas. De manera que hasta entonces se habia lanzado hácia la dicha, perdiendo sus fuerzas, sin descansar. En la vida moral asi como en la vida física, ecsiste una respiracion y una aspiracion; sí, el alma tiene necesidad de absorver los sentimientos de otra alma, de asimilárselos, para restituirse los despues mas ricos. Sin este delicioso fenómeno humano, el corazon está sin vida, entonces le falta el aire, sufre y perece.

Eugenia comenzaba á sufrir. Para ella la fortuna ni era un poder, ni un consuelo, no podia ecsistir sino por el amor, por la religion, y por su esperanza en el porvenir. El amor la esplicaba la eternidad. Su corazon y el evangelio la enseñaban dos mundos venideros. De dia y de noche se sumerjia en el seno de dos pensamientos infinitos, que para ella no componian mas que uno solo. Se replegaba en sí misma, amando y creyéndose amada. Hacia siete años que su pasion habia invadido á todo. Sus tesoros no eran los veinte millones cuyos créditos amontonaba negligentemente, éranlo si el cofrecillo de Carlos, los dos retratos colgados en la cabecera de la cama, las joyas que habia recobrado de su padre, colocadas magníficamente sobre una almohadilla de

terciopelo en un cajon del tocador, el dedal de su tia de que se habia servido su madre y que tomaba todos los dias religiosamente para trabajar en un bordado, obra de Penelope, emprendida solamente para poner en su dedo aquel oro lleno de recuerdos.

No parecia verosímil que la señorita Grandet quisiese casarse durante el luto; su verdadera piedad era conocida. Asi pues, la familia Cruchot, cuya política dirijia prudentemente el anciano abate, se contentó con no perder de vista á la heredera, rodeándola de los mas afectuosos cuidados.

En su casa, todas las noches, se llenaba la sala de una reunion compuesta de los mas ardientes y decididos Cruchotinos del pais, que se esforzaban en cantar las alabanzas de la señora de la casa bajo todos los tonos. Eugenia tenia su médico de cabecera, su gran limosnero, su chambelan, su primer ministro, y hasta su chanciller que todo se lo queria decir. Si la heredera hubiese querido un *portacola* se le habria encontrado tambien. Era una reina, la mas adulada de todas las reinas.

La lisonja sobreentiende un interés. Por esto las personas que concurrían cada noche á la tertulia de Eugenia, á la cual llamaban la *señorita de Froidfond*, sacaban siempre su partido llenándola de elogios. Este concierto de alabanzas, nuevas para Eugenia, la sonrojaba al principio, pero insensiblemente y por groseros que fuesen los cumplimientos,

se acostumbró tan bien á oír alabar su belleza, que si algun recien llegado la hubiese encontrado fea, esta observacion lá hubiera sido mas sensible entonces que ocho años antes. Por último acabó por apreciar aquellos inciensos que ella elevaba á su ídolo, y se acostumbró por grados á dejarse tratar á manera de soberana y á ver su corte llena todas las noches.

El presidente de Bonfons era el héroe de aquel pequeño círculo, en que su talento, su persona, su instruccion y su amabilidad eran alabadas sin cesar. El uno hacia observar que su fortuna habia aumentado de siete años á aquella parte, que Bonfons redituaba á lo menos diez mil francos de renta, y que se hallaba enclavado, como todos los bienes de los Cruchot, en los vastos dominios de la heredera.

—¿Sabe V., señorita, decia otro quidam que los Cruchot tienen á la raya de cuarenta mil libras de renta?

—Y sus economías! añadía una vieja Cruchotina, la señorita (28) de Gribeaucourt. Ha llegado últimamente un caballero de París, que ha ofrecido al señor Cruchot doscientos mil francos por su bufete: puesto que deberá venderlo si llega á ser nombrado juez de paz.

—Quiere suceder al señor de Bonfons en la presidencia del tribunal y toma sus precauciones, con-

testaba madama de Orsonval, porque el señor presidente llegará á ser consejero, y luego presidente de la corte, pues tiene muchos medios para dejar de serlo.

—Sí, es un hombre muy distinguido, decia otro. ¿No lo cree V. así, señorita?

El señor presidente habia tratado de ponerse en armonía con el papel que queria representar. Apesar de sus cuarenta años, apesar de su cara morena y arrugada, marchita como lo son todas las judiciarias, vestia como un jóven, jugueteaba con su palo-junco, se abstenia de tomar tabaco en casa de la señorita de Froidfond, y llevaba siempre corbata blanca, y camisa de pecheras cuyos grandes pliegues le daban un cierto aire de familia con los individuos del jénero pavo. Hablaba muy familiarmente á la bella heredera, y solia decirla: *¡nuestra cara Eugenia!*

En fin, salvo el número de personajes, poniendo el wisth en lugar de la lotería, y suprimiendo las figuras de los señores Grandet, en nada habia cambiado la escena con que empezámos esta historia.

Si Carlos hubiese vuelto de las Indias habria encontrado los mismos personajes y los mismos intereses; porque la señora de Grassins, por la cual

Eugenia se veía al colmo de las gracias y bondades, persistía en atormentar á los Cruchot; entonces como en otro tiempo la figura de su prima habria dominado aquel cuadro, y como en otro tiempo él hubiera sido allí el soberano del lugar. Sin embargo, habia un progreso: el ramillete presentado en otro tiempo por el señor presidente á Eugenia cuando sus días, se habia hecho periódico. Todas las tardes llevaba á la rica heredera un grande y magnífico ramo, que madama Cornoiller colocaba de manifiesto en un vaso y echaba secretamente á un rincon del corral, luego de concluidas las visitas.

Al principio de la primavera, madama de Grassins probó de turbar la dicha de los Cruchotinos, hablando á Eugenia del marqués de Froidfond, cuya casa arruinada podia realizarse si la heredera quisiese devolverle su hacienda por un contrato matrimonial. Hablaba con afectada ostentacion de su dignidad de par, de su título de marques, y tomando la sonrisa de desden de Eugenia por una aprobacion, iba diciendo que el casamiento del presidente Cruchot no estaba tan adelantado como se creia.

— Aunque el señor de Froidfond tenga cincuenta años, decia la de Grassins, no parece menos ágil que M. Cruchot; es viudo, tiene hijos, es verdad; pero es marques, será par de Francia, y en estos tiempos, un partido de este jenero... Yo sé de bue-

na tinta que el tío Grandet, reuniendo todos sus bienes con la hacienda de Froidfond, tenia la intencion de emparentar con esta familia. Cuantas veces me lo dijo! Era muy picaruelo el tal Grandet!

— ¡ Que infeliz soy! Mariana, dijo una noche Eugenia al acostarse, en siete años no escribirme una sola vez!

Mientras que pasaban estas cosas en Saumur, Carlos hacia su fortuna en Indias. Su pacotilla al momento fué vendida muy bien, y reunió una suma de seis mil dollars. (29) Despues del bautismo de la línea, (30) se le desvanecieron muchas preocupaciones, y comprendió que el mejor medio de hacer fortuna en las rejiones intertropicales, lo mismo que en Europa, era vender y comprar hombres. Fuése pues á las costas de Africa y empezó á traficar con negros, añadiendo á su comercio de hombres el de sus mercaderías, que cambiaba de la manera mas ventajosa en los mercados á donde le conducian sus intereses, de que cuidaba con tanta actividad, que no le dejaban un momento libre. Dominábale la idea de volver á París con todo el esplendor de una fortuna colosal, y de ocupar una posicion mas brillante todavía que la que habia perdido.

A fuerza de viajar entre los hombres y los paises, y de observar sus contrarias costumbres, sus ideas se modificaron y se hizo escéptico. No se fijaba ya en lo justo ni en lo injusto; veía tachar de crimen en

un país lo que era virtud en otro; además por su contacto continuo con los intereses, su corazón se enfrió, se contrajo y se desecó. La sangre de los Grandet no le fué necesaria para cumplir con su destino; fué áspero y empedernido; vendió chinos, negros, niños de golondrinas, niños y artistas, siendo usurero por mayor. La costumbre de defraudar los derechos de las aduanas le hizo menos escrupuloso para con los derechos de los hombres. Ibase á santo Tomás á comprar á un precio vil las mercaderías robadas por los piratas, y las iba á vender en las plazas en que habia falta de ellas.

Si bien la noble y pura figura de Eugenia le acompañó en su primer viaje á manera de aquella imájen de la vírjen que colocan en un navío los marineros españoles; y si bien atribuyó sus primeros éxitos á la influencia de los votos y ruegos de aquella dulce jóven; mas tarde, las negras, las mulatas, las blancas, las javanesas, las almeas, y despues sus orjías de todos colores, y las aventuras que tuvo en diversos países borraron completamente de su memoria á su prima, á Saumur con la casa, el banco, y hasta el beso furtivo del corredor. Solamente se acordaba de aquel pequeño jardín puesto en forma de cuadro por cuatro paredes viejas, porque allí habia empezado su desgracia; pero renegaba de su familia. Su tío era un perro viejo que le habia sonsacado sus joyas; Eugenia ya no ocupaba su corazón, ni sus pensa-

mientos; solamente tenia lugar en sus negocios como acreedora de una suma de seis mil francos.

De aqui el silencio de Carlos Grandet, que en Indias, en santo Tomás, en la costa de Africa, en Lisboa y en los Estados-Unidos, habia tomado el pseudónimo de *Chippart* para no comprometer su nombre, y poder así sin peligro, mostrarse por todas partes infatigable, audaz, ávido, y como un hombre que, resuelto á hacer fortuna de cualquier modo que fuese, se despacha en acabar con sus infamias para permanecer honrado lo restante de sus dias.

Con este sistema su fortuna fué rápida y brillante. En 1826, llegó á Burdeos con un lindo brick, llamado Carolina, perteneciente á una casa de comercio realista. Poseía un millon y seis cientos mil francos en tres tonelitos de polvo de oro, bien empaquetados, de los que esperaba sacar el siete ó el ocho por ciento amonedándolos en París.

En este brick se hallaba tambien un gentil-hombre de cámara de S. M. el rey Carlos X, M. de Aubrion, un buen anciano que habia cometido la locura de casarse con una mujer á la moda. Su fortuna se hallaba en las islas. Para reparar las prodigalidades de madama de Aubrion se habia visto precisado á recojer sus réditos. Los señores de Aubrion de Busch, cuyo último Captal murió ántes de 1789, se hallaban reducidos á veinte mil

libras de renta. Tenian una hija asaz fea, que la madre queria casar sin dote, pues su fortuna bastábales apénas para vivir en París. Esta era una empresa cuyo escito hubiera parecido problemático á la jente del mundo, apesar de la habilidad que este concede á una mujer á la moda. Así pues, madama de Aubrion, al ver á su hija, llegaba á desesperar hasta de poderla alcanzar un hombre hambriento de nobleza.

Erase aquella una niña prolongada como insecto, demacrada y delgadita como un mimbre, hendi- da su cara por una desdeñosa y ancha boca, sobre la cual caía una larguísima nariz cuya gruesa punta, hinchada ya en su estado normal, tomaba un color rojo subido despues de la comida, especie de fenómeno vegetal, mas desagradable en medio de un rostro pálido y descarnado que en cualquier otro. En fin era tal como podia desearla una madre de treinta y ocho años, que fresca y hermosa todavía, no se ha despojado de las pretensiones de la juventud: pero para contrabalancear tales desventajas la marquesa de Aubrion habia dado á su hija un aire muy distinguido; habíala sometido á una hijiene que provisoriamente mantenía la nariz en un tono de carne razonable, la habia enseñado el arte de vestir con gusto y orijinalidad, la habia dotado de unos ademanes y maneras graciosas, la habia enseñado aquellas miradas melancólicas que interesan á un

hombre y le hacen creer que va á encontrar un ánjel en su conquista, la habia hecho estudiar la manio- bra del pié para saberlo adelantar apropósito, ha- ciendo admirar su pequeñez en aquel momento en que la nariz tenia la impertinencia de enrojecer; y habia, en fin, sacado de su hija un partido muy satisfactorio. Por medio de anchas mangas, de en- gañosos y apretados corsés, y de ropas vistosas y bien guarnecidas, habia obtenido resultados femeniles tan curiosos, que para instruccion de las madres, de- berian haberse depositado en un museo.

Carlos se hizo íntimo con madama de Aubrion, la que precisamente queria relacionarse con él. Al- gunos han pretendido que la hermosa madama de Aubrion nada omitió para cautivar á un yerno tan rico y de su gusto.....

Al desembarcar en Burdeos, en el mes de junio de 1826, madama de Aubrion y su esposo, con su hija y Carlos, se hospedáron juntos en la misma fon- da y partieron juntos para París. La casa de Au- brion se hallaba empeñada con hipotecas, de que Carlos la debia libertar. La madre habíale hablado ya de la satisfacion que tendria en ceder el cuarto bajo á su yerno y á su hija; y sin participar de las preocupaciones de M. de Aubrion sobre la noble- za, habia prometido á Carlos Grandet obtenerle del bu en Carlos X una órden real que le autorizase á llevar el nombre de Aubrion, á tomar sus armas, y

á sucederle, mediante constituir un mayorazgo de veinte y cuatro mil libras de renta bajo el título de Captal de Buch, marqués de Aubrion, conde Rochegourd, etc. Reuniendo sus fortunas, vivian en buena inteligencia, y sin cuidado alguno podrian reunir ciento y tantas mil libras de renta.

— Y cuando se poseen cien mil libras de renta, decia madama de Aubrion se habita en la corte, porque yo le haré á V. nombrar *jentil-hombre honorario* de cámara, y se llega hasta donde se quiere llegar. De manera que podrá V. ser, á su voluntad, prefecto, secretario de embajada, embajador, lo que V. quiera; porque Carlos X quiere mucho á M. de Aubrion, puesto que se conocen desde la infancia.

Embriagado de ambicion por aquella mujer, Carlos, habia encarecido durante su viaje, todas estas esperanzas que le fueron presentadas por una mano hábil, y en forma de confidencias vertidas de corazon á corazon.

Creyéndose hallar arreglados por su tío los negocios de su padre, se veia anclado desde luego en el arrabal de san German (30) en el que deseaba entrar todo el mundo y donde á la sombra de la nariz azulada de Matilde, Carlos salia al mundo por segunda vez, como conde de Aubrion, á la manera que los Chabot reaparecieron un dia con el títu-

lo de Rohan.(32) Deslumbrado por la prosperidad de la Restauracion (33) que le habia dejado vacilante, y sorprendido por el brillo de las ideas aristocráticas, su embriaguez empezó en el barco, se mantuvo en Paris y resolvió no perdonar medio alguno para llegar á la alta posicion que le hacia entrever su egoista suegra. De este modo pues, su prima no era mas que un punto en el espacio de su brillante perspectiva. Volvió á ver á su Anita que como mujer de tono aconsejó vivamente á su amigo que contrajese aquella alianza, prometiéndole su apoyo en todas sus pretensiones ambiciosas. Anita estaba contentísima haciendo casar á Carlos con una señorita fea y antipática, cuando la permanencia en las Indias le habia hecho mas bizarro aun. Su tez se habia vuelto morena, sus modales espresivos y marcados como los de todos los hombres acostumbrados á mandar, dominar y á salir bien de sus empresas.

Carlos respiró mas holgadamente en Paris viendo que podia representar un papel.

Cuando M. de Grassins supo su vuelta, su próximo enlace y su riqueza, le fué á ver para hablarle de los doscientos mil francos con los cuales podia cubrir las deudas de su padre. Encontróle con el joyero á quien habia encargado las joyas de regalo de boda para la señorita Aubrion, cuyos dibujos escaminaba. Sin contar los magníficos diamantes que Carlos habia traído de las Indias; el oro y

plata con la joyería sólida y útil de la joven pareja ascendía á mas de cien mil francos.

Carlos recibió á M. de Grassins, á quien no reconocía, con la impertinencia de un joven á la moda, que en las Indias habia muerto á cuatro contrarios en diferentes duelos. Aquella era la cuarta vez que M. de Grassins se presentaba á visitarle. Carlos escuchó friamente, y luego le respondió, casi sin haberle comprendido:

— Los asuntos de mi padre no son los míos. Le agradezco á V., caballero, las molestias que ha querido tomarse, y que de nada me sirven. El dinero que he recojido con el sudor de mi frente no es regular que lo distribuya entre los acreedores de mi padre.

— ¿Y si su padre de V. fuese declarado en quiebra de aquí á algunos días?

— Antes que estos dias pasen, caballero, yo me llamaré el conde de Aubrion, y me importará muy poco todo lo que pueda suceder. Y tambien sabè V. mejor que yo, que nunca ha quebrado el padre de un hombre que tenga cien mil libras de renta.

Diciendo esto acompañó á M. de Grassins hasta la puerta.

A primeros de agosto del mismo año, hallábase sentada Eugenia en aquel mismo banco en que su primo le habia jurado un amor eterno, y donde solia ir á almorzar cuando hacia buen tiempo. La pobre joven se complacia aquella ma-

ñana fresca y alegre, en recordar los grandes y pequeños acontecimientos de su amor, con las catástrofes que le habian seguido. El sol doraba aquellas antiguas paredes llenas de grietas y arruinadas casi, que la caprichosa heredera no habia querido hacer recomponer, aun que Cornoiller repetia con frecuencia á su esposa que algun dia aplastarian á alguno.

En aquel momento llamó el factor de la diligencia y entregó una carta á madama Cornoiller, que corrió al jardin exclamando:— ¡Señorita, una carta!

Y se la dió diciendo:

— ¿Es esta la que V. esperaba?

Estas palabras resonaron tan fuertemente en el corazon de Eugenia como resonaron en realidad en las paredes del patio y del jardin.

— Paris!..... es él! ha vuelto!

Eugenia palideció y estrechó la carta por un momento. Palpitaba demasiado fuerte para poderla abrir y leerla.

Mariana se quedó puesta en jarras, y la alegría parecia escaparse cual humo por las porosidades de su amorado rostro.

— Lea V., pues, señorita.....

— Ah, Mariana! ¿por que vuelve por Paris, cuando se fue por Saumur!

— Lea V. y lo sabrá todo.

Al abrir Eugenia la carta, temblando cayóse una orden contra la casa *madama de Grassins y Corret* de Saumur, que Mariana recojió.

«Querida prima...»
— ¡Ya no soy Eugenia! pensó, comprimiéndose su corazón.

«Creo que sabrá V...»
— Me llamaba tú!

Y cruzó los brazos, sin osar ya leer la carta, asomando á sus ojos gruesas lágrimas que dejó caer.

— ¿Ha muerto? preguntó Mariana.

— No escribiría, dijo Eugenia, si así fuese.

Al fin leyó toda la carta cuyo contenido es como sigue:

QUERIDA PRIMA:

«Creo que sabrá V. con placer el éxito de mis empresas. V. me dió la felicidad, he vuelto rico, y he seguido los consejos de mi tío, cuya muerte como la de mi tía, acaba de anunciarme el señor de Grassins. La muerte de nuestros padres es cosa natural, nosotros debemos sucederles. Espero estará V. ya consolada; nada resiste al tiempo, así lo pruebo yo. Sí, querida prima, desgraciadamente para mí, aquel tiempo de ilusiones ha pasado. ¡Como ha de ser! Viajando al través de numerosos países, he reflexionado sobre la vida. Era un niño entonces, y ahora véome un hombre; y pienso en cosas hoy

dia que en otro tiempo nunca pensé. Es V. libre, prima, y yo lo soy tambien: nada impide en apariencia la realizacion de nuestros pequeños proyectos; pero mi carácter es demasiado leal para ocultarla á V. la situacion de mis negocios. No he olvidado que yo no me pertenezco; me he acordado siempre en mis largos viajes de aquel banquillo de madera....

Eugenia se levantó cual si se hallara sobre ascuas, y fué á sentarse en una grada del patio.

«... de aquel banquillo de madera, en que nos juramos eterno amor, del pasadizo, de la sala cenicienta, de mi cuarto, y de aquella noche en que por su delicada escijencia hizo V. mas fácil mi porvenir. Sí, estos recuerdos han sostenido mi valor, y heme creído que pensaba V. en mí lo mismo que yo en V. á la hora convenida entre nosotros. ¿Ha mirado V. las nubes á las nueve, todos los dias? Eugenia! no debo engañarla á V.; no quiero ser traidor á una amistad tan sagrada. Se trata de una alianza que satisface todas las ideas que me he formado del casamiento: en él el amor es una quimera. La esperiencia me ha hecho conocer que es necesario obedecer á todas las leyes sociales y reunir aquellas conveniencias que aplaude el mundo cuando nos casamos. Además hay entre los dos una diferencia en edad que podria influir en su suerte de V., querida prima, mas que en la mia. No le ha-